

La representación gráfica de seres fabulosos en el «Nuevo Mundo» por el Taller de Bry

The graphical representation of fabulous creatures in the «New World» by Bry's Workshop

Bueno Jiménez, Alfredo*

Fecha de terminación del trabajo: octubre de 2010.

Fecha de aceptación por la revista: diciembre de 2010.

RESUMEN

En el presente trabajo se aborda el estudio iconográfico de una serie de monstruos y razas marginales, que formaron parte del imaginario de conquistadores, eclesiásticos y colonos que participaron en el «descubrimiento» y conquista de América, y a su vez han sido representadas por el Taller de Bry en la famosa serie de *América*, más conocida como los *Viajes a las Indias Occidentales* (1590-1634).

Palabra clave: Conquista de América; Iconografía; Monstruos.

Identificadores: Taller de Bry; *Viajes a las Indias Occidentales*; *Grands Voyages*; Bry, Theodor; Bry, Johann Theodor; Israel, Johann; Merian; Matheus.

Topónimos: América.

Periodo: Siglos 16-17.

ABSTRACT

This paper offers an iconographic study of a series of monsters and strange beings which formed part of the imagery associated with the conquistadores, clergy and colonizers who took part in the «discovery» and conquest of America. These images have in turn been realized by the Bry workshop in the famous series *America*, also known as the *Journeys to the West Indies* (1590-1634).

Keywords: Conquest of America; Iconography; Monsters.

Identifiers: Bry workshop; *Journeys to the West Indies*; *Great Journeys*; Bry, Theodor; Bry, Johann Theodor; Israel, Johann; Merian; Matheus.

Place names: America.

Period: 16th and 17th century.

* Departamento de Historia Moderna y de América. Universidad de Granada. e-mail: alfredobj@ugr.es

INTRODUCCIÓN

En el presente trabajo trataré la representación gráfica de una serie de monstruos y razas marginales que se ubicaron en el «Nuevo Mundo», y fueron ilustrados por el Taller de Bry a modo de apéndices finales a los textos que iluminan su serie *América*, más conocida como los *Viajes a las Indias Occidentales* o *Grands Voyages*. Se trata de ilustraciones al agua fuerte, técnica conocida desde el siglo XV, pero escasamente aplicada por los editores del siglo XVI debido a su elevado coste. Esta nueva técnica gráfica permitía hacer tiradas mayores e implicaba una mayor precisión en la reproducción del detalle en las imágenes, mediante el uso de rayas más finas y en diversas direcciones, alejadas de la influencia del gótico tardío de gran angulosidad en el diseño de muchos grabados en madera o xilografías¹.

Los grabados que son objeto de mi investigación fueron impresos en Francfort del Meno y Oppenheim, ambas ciudades en Alemania. Para la realización de las imágenes se inspiraron en numerosas relaciones de viajeros que marcharon hacia América durante el siglo XVI. Es el caso de la *Historia del Nuevo Mundo* (Venecia, 1565) del milanés Girolamo Benzoni, las *Cartas* (Florencia, 1500-1503) de Américo Vesputio, el *Discovery* (1569) del pirata inglés Sir Walter Raleigh, etc.

Theodor de Bry (1528-1598) es el principal artífice de las ilustraciones que analizaremos. Orfebre y grabador oriundo de Lieja, se asienta en Francfort de Meno tras huir de los españoles en 1570 por ser calvinista. En el taller también colaboraron sus dos hijos Johann Theodor (1561-1623) y Johann Israel (1565-1609), que terminarían regentándolo a la muerte de su padre en 1598. Más tarde se unieron a la empresa editorial los yernos de Johann Theodor, que también tomaron las riendas del taller tras su muerte en 1623. Todos estos personajes hicieron posible una de las mayores representaciones gráficas de relatos de viajes producidas en Europa: el *Tesoro de los Viajes a las Indias Occidentales y Orientales*². Éste inmenso programa gráfico se extiende a lo largo de 44 años, de 1590 a 1634, desarrollado en dos grandes series: *Viajes a las Indias Occidentales* (América), ilustrada con 340 grabados distribuidos en catorce libros y los *Viajes a las Indias Orientales* (África y Asia) con un total de 271 imágenes en once volúmenes. Ambas series tuvieron un gran éxito editorial en Europa, y su poder fue tan intenso, que parte de la obra del Taller de Bry (los ocho primeros volúmenes de los *Viajes a las Indias Orientales*) estuvo en el *Index Librorum Prohibitorum et Expurgatorum*, más conocido como Índice de los Libros Prohibidos³.

Los *Grands Voyages* representan la imagen visual del «Nuevo Mundo» con sus respectivas conquistas, así como los contactos entre los europeos y los amerindios. Según John H. Elliot: «Era muy frecuente acudir a las ilustraciones de Theodor de Bry para conocer las apariencias y costumbres de los indios americanos»⁴.

El contenido de los grabados es muy diverso, desde temas socioeconómicos como la «granjería» de las perlas, el trabajo indígena en las minas, las actividades de los esclavos negroafricanos en La Española, etc., hasta aspectos más propios del campo de las mentalidades como el ideal del «buen salvaje», el mito de El Dorado, o la presencia de seres fabulosos en América. Este último aspecto

será el que desarrollaremos en el presente artículo, mostrando como Taller de Bry participó en ese imaginario y reforzó muchas de las leyendas existentes al otro lado del Atlántico.

SERES FABULOSOS EN EL «NUEVO MUNDO»

El Taller de Bry ayudó a magnificar el contexto legendario que se desarrolló en torno al «descubrimiento» de América. La apertura del Atlántico coincidió en un momento de cambio del mundo medieval a la modernidad, y vino a ubicar en él unas razas marginales, totalmente monstruosas, producto de la imaginación del mundo antiguo. Una especial influencia tuvo obra: *Livre des Merveilles du Monde* (1356) de inglés Jehan de Mandeville, que no viajó en persona y todo lo copió de libros anteriores, apoyándose en el criterio de sabios como Plinio, San Agustín, San Isidoro y Schedel⁵.

A la hora de interpretar el extraño mundo americano recién descubierto, los grabadores imbuidos de ese halo legendario, utilizaron muchos de los mitos y figuras de personajes relevantes de la Antigüedad y el Renacimiento, bajo los postulados del clasicismo. En lugar de recordar a los dioses del panteón prehispánico, fueron las imágenes del Olimpo greco-latino las que prevalecieron⁶. No faltaron las imágenes de dioses y héroes mitológicos como Hércules, Júpiter, Teseo y Apolo, que vinieron a encarnar a personajes claves del «Descubrimiento» como Cristóbal Colón, presentado en la Lámina IV del Libro Cuarto o *Americae Pars Quarta*, titulada: «Colón, descubridor del Nuevo Mundo»⁷, realizada por Theodor de Bry e impresa en Francfort del Meno, en 1594. La extensión de la religión Católica y el poder imperial a los territorios de Ultramar, quedan simbolizados en el estandarte de Cristo llevado por el Almirante y el Espíritu Santo encarnado en una paloma, además de la bandera que pende del astil con los blasones de Castilla y León. El Almirante es presentado como un verdadero héroe y caballero medieval, armado con espada, casco y armadura —se trata de la típica armadura medieval que cubre todo el cuerpo—. Los elementos



1. Theodor de Bry. Lámina IV de la *Americae Pars Quarta*. Francfort del Meno, 1594.



2. Theodor de Bry. Lámina XV de la *Americae Pars Quarta*. Francfort del Meno, 1594.

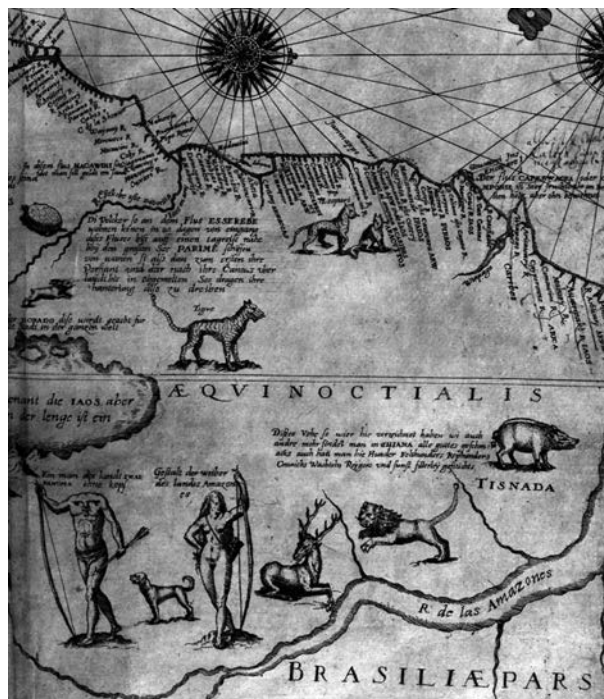
mitológicos y fabulosos se suceden en la ilustración, con monstruos marinos en un primer plano y en el fondo de la composición; el dios Poseidón en un plano alejado lleva por cetro un tridente y le sirve de carro una vasta concha de Venus que es arrastrada por *hipocampos*⁸ o caballos marinos «con cabeza, crines y parte anterior de caballo»⁹. Los tritones¹⁰ que forman su cortejo y flanquean la nao, anuncian su presencia haciendo sonar unas caracolas marinas¹¹, cuyos sonidos se propagan hasta los confines del mundo; la diosa de la caza, Artemisa, porta los atributos que la caracterizan, es decir, el carcaj de flechas y un gran arco, además de la luna con la que se suele asociar. Finalmente, en un plano intermedio junto al margen derecho, presenciamos dos nereidas o ninfas del mar, que forman parte del propio cortejo del dios de los mares.

Todos estos elementos sólo hacen resaltar el carácter fabuloso del Océano Tenebroso, el cual estuvo imbuido de numerosas leyendas que terminaron reproduciéndose de nuevo con el descubrimiento del Mar del Sur (Océano Pacífico) por Fernando de Magallanes. Este nuevo hallazgo lo reflejaría Theodor de Bry en la Lámina XV de la citada *Americae Pars Quarta*, titulada: «Descubrimiento del Mar de Magallanes»¹². A diferencia del anterior grabado, la figura del Almirante es sustituida por la de Magallanes, también ubicado en su nao junto a una serie de elementos simbólicos que aluden a las dificultades de la empresa: varios cañones, una gran ancla, etc. Como no podía ser de otra forma, no falta la bandera con el emblema imperial que asocia España al proyecto. Junto al margen izquierdo nos encontramos la figura fabulosa de un gigante patagón tragándose una flecha. Antonio Pigafetta (c. 1480 – c. 1524), criado personal de Magallanes en la nao Trinidad, fue el

encargado de escribir una de las leyendas más importantes de Tierra del Fuego, al afirmar que a esta gente (patagones) cuando le duele el estómago, «en lugar de purgarse se meten por la garganta dos palmos, o más, de una flecha y vomitan una masa verde mezclada con sangre, según comen cierta clase de cardos. Cuando les duele la cabeza, se dan un corte transversal en la frente y así en los brazos, en las piernas y en cualquier lugar del cuerpo, procurando que se desangre mucho»¹³. Al otro lado, una serie de hogueras están humeando junto a la costa, aspecto del que se percató el italiano Pedro Martir de Anglería en sus *Décadas*¹⁴. Tampoco falta la presencia divina de Apolo de figura semejante a la de un ángel, acompañado de su típica lira. De sus cabellos destellan radiantes rayos de luz que iluminan el nuevo «descubrimiento». Una serie de criaturas salen al encuentro de la nao: un monstruo marino híbrido de larga cola, un par de nereidas sumergidas en el agua, y dos habitantes patagones en la costa bajo postulados clásicos. Sobre las nubes, el infatigable Céfito flanqueado por Zeus, expulsa los vientos que provocan el oleaje de las bravas aguas del Estrecho. Muy curiosa es la imagen en el margen superior derecho del ave mitológica persa el *roc* o *rukh* llevando a un elefante con sus garras, elemento muy inusual en la iconografía americana¹⁵.

Para ambos grabados Theodor de Bry se inspiró en dos representaciones laudatorias del «Descubrimiento» de Johannes Stradanus de 1589¹⁶, las cuales representan los misterios y dificultades que entrañaron la apertura de ambos océanos¹⁷, repletos de misteriosas y excitantes leyendas que en muchas ocasiones retuvieron o impulsaron al navegante a embarcarse más allá de lo conocido.

Entre las bestias que supuso la mayor monstruosidad en la mente humana y que ha sido representada por el Taller de Bry, se encuentra el *blemmia*, es decir, hombres acéfalos con el rostro a la altura del pecho. Algunos estaban «privados de cerviz» y tenían los «ojos en los hombros» y «la boca torcida como una herradura». Según Mandeville, los habitantes de una isla hacia el Mediodía –en Oriente– «tienen los ojos y la boca en la espalda, a la zaga de los hombros. En otra, hay gentes con la cara totalmente aplanada, sin nariz y sin ojos y una raja en vez de boca y labios»¹⁸. Uno de ellos aparece en un mapa de la *Americae Pars VIII*, ilustrado por los hermanos Johann Theodor de Bry y Johann Israel en Francfort del Meno, en 1599¹⁹. Esta imagen posiblemente este inspirada en la de Jodocus Hondius (1563-1611), impresa en Nurember (1599) y localizada en la obra de Levinus Hulsius: *Kurtze Wunderbare Beschreibung. Defs Goldreichen Königsreichs Guianae in America/ oder neuen Welt/ unter der Linea Aequinoctiali gelegen...* El mapa representa la región costera del norte de Brasil hasta la costa caribeña de la actual Colombia. De él nos interesa la figura del *blemmia* mencionado acompañado de un perro salvaje junto al río Amazonas. Se nos muestra armado con un gran arco que apoya en el suelo y una flecha en su mano izquierda. Sir Walter Raleigh en su viaje a la Guyana mencionó a un hombre acéfalo, localizado como habitante de *Iwapanoma*, también identificado en el mapa de los *Viajes*. Tanto Plinio como San Isidoro consideraban que eran seres monstruosos procedentes de Libia. Lejos de desaparecer la figura del *blemmia*, en algunas narraciones del siglo XVII y XVIII siguió estando presente, como la *Moeurs des sauvages* (1724) de Lafita.



3. Johann Theodor y Johann Israel. Detalle del mapa de la *Americae Pars VIII*. Francfort del Meno, 1599.

duría y mucho arrojo»²². «Ese reino de las Amazonas, o Tierra de Feminia, es una isla [...] cercada por el agua, salvo en dos lugares, que son como dos entradas. Allende el agua, viven los hombres que son sus amantes y con los que ellas se solazan cuando les apetece»²³. Incluso llegaron a formar parte de los ejércitos del legendario reino del Preste Juan, que llevaba «a un millón de ellas o más», acompañadas de «sus maridos que les siguen, aunque no para luchar sino para enaltecerlos cuando regresan victoriosas de la batalla»²⁴.

En América el mito de las amazonas alcanzó cierta originalidad, es decir, adoptó elementos propios que permiten diferenciarlo de las antiguas descripciones, como la propia ubicación de estas mujeres, poseedores de mucho oro y plata²⁵. El dominico Gaspar de Carvajal que participó en la expedición de Francisco de Orellana con sus 56 compañeros en el curso del actual río Amazonas, donde perdió un ojo a causa de un flechazo de un ataque indígena, llegó a identificarlas. El dominico claramente influenciado por la tradición clásica, las presenta como mujeres muy blancas y altas, con el pelo muy largo y entrecruzado y revuelto a la cabeza, además de ser «muy membrudas y andan desnudas en cueros, tapadas sus vergüenzas, con sus arcos y flechas en las manos, haciendo tanta guerra como diez indios»²⁶. Todas ellas estaban sujetas a una señora principal que tiene a «todas las demás debajo de su mano y jurisdicción, la cual señora se llama Coñori»²⁷. Era tal el temor que

Junto al *blemmia* se encuentra la figura de una amazona con un carcaj de flechas y un gran arco apoyado en el suelo²⁰. Se trata de uno de los temas más difundidos del mundo clásico, que excitó sobremanera la fantasía de los antiguos, y conmovió a los hombres de la Edad Media y encandiló a los conquistadores y exploradores de América del Sur. Gracias al magnetismo de este mito, se llevaron a cabo rápidos descubrimientos y dieron nombre al más caudaloso de los ríos americanos. El propio Colón anduvo buscándolas obsesivamente tras recibir noticias favorables de la existencia de mujeres guerreras en la isla de Martinino (Martinica), donde «cierto tiempo del año venían los hombre a ellas de la dicha isla de *Carib*, que dice que estaba de ellas diez o doce leguas, y si parían niños enviábanlo a la isla de los hombres, y si niña dejábanla consigo»²¹. Mandeville las ubicó en Amazonia, la Tierra de Feminia, cerca de región oriental de Caldea. Es un reino donde sólo viven mujeres guerreras y de «mucha sabi-

infundían que numerosos pueblos eran tributarios a las amazonas²⁸. Raleigh que viajó en persona a la Guayana, las ubicó en estas tierras según su *Discovery* (1569). Señala que las amazonas sólo «tienen trato con hombres una vez al año, y por un periodo de un mes», que es Abril. Añade que «en esta época todas los reyes de las fronteras y reinas de las Amazonas se reúnen y, una vez que las reinas han escogido, las demás sacan a suerte sus *Valentines* [...]». Si las amazonas quedan en estado, y dan a luz, envían el fruto a su padre si es varón. Pero si es hembra, se queda con ella y la crían. Por cada hija mandan un regalo al progenitor, ya que todas tienen grandes deseos de incrementar el



4. Johann Theodor de Bry. Lámina VI de la *Americae Pars Decima*. Oppenheim, 1618.

número de las de su sexo y clase. Pero no he encontrado confirmación a lo que se cortan el pezón del pecho derecho. También me dijeron que si cogen prisioneros en alguna guerra conviven con ellos en cualquier época; pero al final, indefectiblemente, los matan»²⁹.

El germano Ulrico Schmidel en sus *Relatos de la conquista del Río de la Plata y Paraguay (1534-1554)*, las situó próximas al río Paraguay, donde habían despojado al reino de los *jarayes* de muchas de sus riquezas que «habían ganado y conquistado hacia tiempo en una guerra»³⁰. A diferencia de las amazonas en la Guyana de Raleigh que solamente eran visitadas una vez al año por los varones, las descritas por el germano llegaban a mantener contactos con los hombres hasta en tres o cuatro ocasiones al año, y si «una mujer queda[ba] embarazada de un niño varón, lo manda al hombre; pero si es hembra, se la queda y le quema el pecho derecho para que no pueda crecer», con objeto de que puedan utilizar mejor el arco³¹.

A finales de siglo XVI y comienzos del XVII, el mito de las amazonas estaba prácticamente desacreditado, aunque determinados autores como Ruy Díaz de Guzmán lo seguían manteniendo; El jesuita y rector del Colegio de Cuenca (Ecuador), Cristóbal de Acuña (1597-1675), seguía confirmando las noticias que había recibido sobre la existencia de mujeres guerreras por el Nuevo Reino de Granada, concretamente en la ciudad de Pasto, donde «se hicieron con algunos indios y en particular con una india que dijo haber ella misma estado en sus tierras donde estas mujeres están pobladas»³². Y agrega: «Pero donde más luz tuvimos del sitio donde viven esta mujeres, de sus costumbres, de los indios que las comunican, de los caminos por donde se entra a sus tierras,

y de los naturales que los pueblas, fue en la última aldea donde da fin la Provincia de los Tupinambas»³³. Más llamativo fue la defensa del mito por científicos ilustrados como Charles Marie de La Condamine (1701-1774), que apoyándose en la *Relación* del Padre Acuña, siguió creyendo en la existencia de las amazonas, que debían existir refugiadas en el corazón de la Guyana, aunque presumiblemente han abandonado ya, porque «aburridas de su soledad, las hijas hayan al fin olvidado la aversión de sus madres hacia los hombres»³⁴. El científico y militar español Antonio de Ulloa, fundador del Museo de Ciencias Naturales de Madrid y del Observatorio Astronómico de Cádiz, se apoyó en la autoridad del naturalista, matemático y geógrafo parisino³⁵, para confirmar la existencia de las mujeres legendarias.

Hacia el «Nuevo Mundo» también se trasladó el mito clásico de los gigantes, pues el hombre europeo ante el asombro de la naturaleza americana, llena de fuerzas telúricas, pensó que aquel era el escenario propio de los dioses y personajes que existieron en el origen del mundo. No podían faltar los gigantes, los hijos de Gea, que nacieron de la sangre que manaba de la herida de su esposo Urano, cuando fue mutilado por Cronos. Eran de origen divino, pero de condición mortal –no se deben confundir con los titanes, que eran de cuerpo enorme y de fuerza prodigiosa–.

El primer explorador en América que habló de ellos fue Vespucio en su segundo viaje, cuyo pasaje ha sido ilustrado en la Lámina VI de la *Americae Pars Decima*, titulada: «De como son recibidos Vespucio y los españoles en una insula habitada por gigantes»³⁶, impreso en Oppenheim por Johann Theodor de Bry, en 1619. El texto en el que se inspira el grabado dice así:

«Y navegando así llegamos a una isla, que se hallaba distante de la tierra firme quince lenguas, y como al llegar no vimos gente y pareciéndonos la isla de buena disposición, acordamos ir a explorarla, y bajamos a tierra once hombres; y encontramos un camino y nos pusimos a andar por él dos lenguas y media tierra adentro, y hallamos una población obra de doce casas, en donde no encontramos más que siete mujeres de tan gran estatura que no había ninguna de ellas que no fuese más alta que yo un palmo y medio; y como nos vieron tuvieron gran miedo de nosotros, y la principal de ellas, que por cierto era una mujer discreta, con señas nos llevó a una casa y nos hizo dar algo para refrescar; y nosotros, viendo a mujeres tan grandes, convivimos en raptar dos de ellas, que eran jóvenes de quince años, para hacer un regalo a estos Reyes, pues sin duda eran criaturas que excedían la estatura de los hombres comunes; y mientras estábamos en esto, llegaron treinta y seis hombres y entraron en la casa donde nos encontrábamos bebiendo y eran de estatura tan elevada que cada uno de ellos era de rodillas más alto que yo de pie. En conclusión, eran de estatura de gigantes, según el tamaño y proporción del cuerpo, que correspondía con su altura; que cada una de las mujeres parecía una Penthesilea (mítica reina de las Amazonas), y los hombres Anteos (gigante mítico, hijo de los dioses griegos Gea y Poseidón; murió a manos de Hércules); y al entrar, algunos de ellos tuvieron tanto miedo que aún hoy no se sienten seguros. Tenían arcos y flechas, y palos grandísimos en forma de espadas, y como nos vieron de estatura pequeña, comenzaron a hablar con nosotros para saber quiénes éramos, y de donde veníamos, y nosotros manteniéndonos tranquilos en son de paz, contestábamos por señas que éramos gente de paz, y que íbamos a conocer el mundo; en conclusión, resolvimos separarnos de ellos sin querrela, y nos fuimos por el mismo camino que habíamos venido»³⁷.

Vespucio y sus hombres se encuentran armados en la llamada Isla de los Gigantes —posiblemente Curazao—, ante la costa nororiental de América del Sur. En un primer plano de la composición se dirigen a la casa donde se encuentran las mujeres indígenas desnudas, que según el florentino son de «gran estatura», con objeto de raptar dos de ellas con apenas 15 años para hacer un regalo a los reyes. En un plano intermedio, los varones indígenas o gigantes tras las cabañas realizadas en palma, salen desnudos a su rescate, armados con «arcos y flechas, y palos grandísimos», que posiblemente sean mazas. Es un grabado en el que se superponen dos secuencias figurativas, ya que en el fondo los europeos se representan en el momento de su huida ante el acoso de los «gigantes» que disparan incesantemente flechas desde la costa, mientras Vespucio y sus hombres huyen en el barco.

Los gigantes que más tarde impresionaron a Europa, fueron los de la Patagonia descritos por Antonio Pigafetta en su *Primer viaje alrededor del mundo*. Estos fueron vistos por la expedición de Magallanes, tras invernar los cinco buques en la bahía de San Julián durante cinco meses (1519-1520):

«Un día de pronto, descubrimos a un hombre de gigantesca estatura, el cual, desnudo sobre la ribera del puerto, bailaba, cantaba y vertía polvo sobre su cabeza [...]. Era tan alto él, que no le pasábamos de la cintura, y bien conforme; tenía las facciones grandes, pintadas de rojo, y alrededor de los ojos, de amarillo, con un corazón trazado en el centro de cada mejilla. Los pocos cabellos que tenía aparecían tintos en blanco, vestía piel de animal, cosida sutilmente en las juntas. Cuyo animal, tiene la cabeza y orejas grandes, como una mula, el cuello y cuerpo como un camello, de ciervo las patas y la cola de caballo -como éste relincha-³⁸. Abunda por las partes aquellas. Calzaban sus pies abarcas del mismo bicho, que no los cubrían peor que zapatos, y empuñaban un arco corto y grueso con la cuerda más recia que las de un laúd —de tripa del mismo animal—, aparte un puñado de flechas de caña, más bien cortas y emplumadas como las nuestras. Por cierto, unas púas de yesca blanca y negra —como en las flechas turcas—³⁹, conseguidas afilando sobre otra piedra»⁴⁰.

La figura del gigante patagón ha sido profusamente ilustrada por el Taller de Bry, tal y como hemos visto en la Lámina XV del Libro Cuarto. Otros ejemplos los encontramos en un mapa de la *Americae Nonae & Postrema Pars*⁴¹, sacado a la luz en 1602 por los hermanos de Bry. Tierra de Fuego y el Estrecho de Magallanes son el entorno de los habitantes y animales ilustrados del grabado. Más interesante es la Lámina VIII del mismo libro, titulada: «De como encontraron los holandeses grandes y horrorosos hombres en una ínsula del Estrecho de Magallanes». Los gigantes patagones representados se hallan desnudos y de aspecto fiero ante la llegada de los holandeses capitaneados por Sebald de Weert y Baltasar de Cordes. Sus cabellos son largos y van armados con el típico arpón. Las canoas en las que navegan tienen los extremos largos y curvos, característica representativa de las embarcaciones de esta región, aunque no tan pronunciada. Los holandeses desde sus chalupas atacan con arcabuces a los gigantes que se defienden con sus arpones. En la costa tres patagones arrancan de raíz los árboles para hacer frente a la amenaza de los europeos.



5. Johann Theodor y Johann Israel. Lámina VIII de la *Americae Nona & Postrema Pars*. Francfort del Meno, 1612.

El mito de seres fabulosos de enorme estatura perduró largo tiempo en América. A principios del siglo XVII el seráfico Pedro Simón apoyándose en la autoridad de clásicos como San Agustín y Virgilio, mantuvo el mito de los gigantes, a pesar de no haberlos encontrado, dado que «en muchos casos de las que no vemos ni hay en las tierras que pisamos, las hay y puede haber en otras muchas»⁴². Sarmiento de Gamboa refiere haber visto gigantes en la bahía de San Simón; Cavendish (1568) vio huellas humanas en la arena, de 18 pulgadas de largo; Van Noort avistó a hombres de doce pies de altura en las cercanías del Estrecho de Magallanes. Otros testimonios fueron los

de Spielbergen y Narborough en el siglo XVII, y los de Frézier, Shelvocke, Byron, Wallis y Bougainville en el siglo XVIII⁴³.

Contribuyó a la perduración de las fábulas de los gigantes el hallazgo de huesos de animales antiquísimos, a los que se confundió con restos humanos. En este sentido, tres han sido los elementos que han contribuido a la formación de este mito: las leyendas clásicas y medievales, las tradiciones indígenas y los descubrimientos paleontológicos. Según el franciscano fray Gerónimo de Mendieta en «Nueva España en tiempos pasados hubo gigantes, como es cosa cierta. Porque en diversos tiempos después que esta se ganó, se han hallado huesos de hombres muy grandes»⁴⁴. Añade como testigo presencial que el «virrey D. Luis de Velasco, el viejo, le llevaron otros huesos y muelas de terribles gigantes. Y medio gigantes en nuestro tiempo los ha habido, uno en el pueblo de Cuernavaca, que tenía tres varas de medir menos una cuarta en alto, que son once palmos o cuartas de vara»⁴⁵.

En contraposición a los gigantes estaban los pigmeos, un pueblo de enanos, que se creía que estaba situado al sur de Egipto, y «su estatura no sobrepasa la de un codo»⁴⁶; Ctesias de Cnido, un médico del siglo IV antes de Cristo, dijo que vivían en el corazón de la India: eran de color negro, medían dos codos y su larga barba les llegaba hasta los pies y les servía de único vestido. Por todo esto, los geógrafos antiguos pensaron que era un pueblo legendario y que sus rasgos derivarían de poblaciones del África central como las tribus de los bosquimanos⁴⁷. Por lo que respecta a los habitantes de América, algunos exploradores creyeron encontrarlos en Sudamérica como Benálcazar en el reino de Quito y el alemán Federman en Venezuela. Este último afirmó localizarlos durante su expedición de 1530-1531, cerca de la nación de los *xideharas* y los *ayamanes* en unas montañas

próximas al río Tocuyo, donde se encontraban unos enanos que median «cinco palmos de altura y muchos no tenían más que cuatro»⁴⁸.

En otras ocasiones la deformidad o fealdad era sinónimo de monstruosidad, tal y como se representa en el frontispicio de la *Decima Tertia Pars*⁴⁹ de los *Viajes*, impreso en Francfort del Meno (1634) por Matheus Merian, yerno de Johann Theodor de Bry al estar casado con su hija María Magdalena. En este caso, dos indígenas desnudos de diferente sexo junto a las pilastras a modo de estatuas, se nos muestran con el rostro monstruoso y desfigurado a causa de la decoración facial con perforaciones, colgantes y tatuajes. Es un detalle del que se percató Vespucio que describe minuciosamente en los habitantes de Tierra Firme:

«Pues se perforan las mejillas y los labios y las narices y las orejas; y no se crea que aquellos agujeros sean pequeños o también que tuvieran uno sólo: pues he visto muchos, los cuales tienen, en la cara solamente, siete perforaciones, cada una de las cuales tenía el tamaño de una ciruela; y cierran ellos estos agujeros con piedras cerúleas, marmóreas, cristalinas y de alabastro, bellísimas y con huesos blanquísimos y otras cosas artificiosamente labradas según su costumbre; si vieses cosa tan insólita y a un monstruo semejante, esto es un hombre que tiene sólo en las mejillas y en los labios siete piedras, de las cuales muchas son del tamaño de medio palmo, no dejarías de admirarte. Pues muchas veces he considerado y señalado el peso de estas siete piedras en dieciséis onzas, sin contar que en cada oreja tienen otras piedras pendientes en anillo de tres orificios; y esta costumbre es sólo de los hombres; pues las mujeres no se agujerean la cara sino sólo las orejas»⁵⁰.

Dos siglos más tarde, la perforación y decoración facial seguía llamando la atención de autores como La Condamine, miembro de la Academia de Ciencias de París. Para este ilustrado francés, los indígenas presentaban «adornos raros de huesos de animales y espinas de pescados con que se atraviesan las narices y los labios». El pronunciado alargamiento de los lóbulos de la orejas, es debido a los pesados colgantes que portaban: «Estos lóbulos de cuatro o cinco pulgadas de largo horadados con un agujero de 17 a 18 líneas de diámetro»⁵¹. «Introducen primero en el agujero un palito, que sustituyen con otros más gruesos a medida que se agranda la abertura, hasta que el borde de la oreja les cuelga sobre los hombros. Su mayor engalanamiento consiste en llenar el agujero con un grueso ramillete, o con un manojo de hierbas y flores, que les sirven de pendientes»².

Otros personajes de carácter fabuloso son las sirenas, representadas sobre los cimacios y flanqueando el grutesco central del mismo frontispicio. Eran criaturas muy admiradas por su belleza y a la vez temidas por los navegantes, debido a los poderes malignos que se les atribuían. San Isidoro de Sevilla llegó a distinguir hasta tres tipos de sirenas en función del instrumento que tocaban: «una de ellas cantaba con su voz, otra con una flauta, y la tercera con la lira; con su canto atraían a los navegantes fascinados, que eran arrastrados al naufragio»⁵³. Su aspecto físico también era muy diferente, pues «una es medio pez y medio mujer, otra es medio ave y medio mujer, otra medio caballo y medio mujer»⁵⁴. Estas doncellas marinas seducían con su espléndida figura acompañada de sus voces melodiosas que dejaban a los viajeros prendados de ellas hasta el punto de precipitar-

se al mar. En ocasiones se les identificaban con seres alados, que «corren más que los caballos», y venenosos tras propiciar una mordedura⁵⁵.

Los monstruos marinos y terrestres formaron parte del imaginario gráfico de los grabadores e impresores de la época, los cuales asemejaban a la figura de la serpiente y el dragón medieval. El Taller de Bry ha dejado constancia de ellos en la Lámina IV de la *Americae Pars Decima*, titulada: «De cómo los españoles fueron recibidos por los indios en otro lugar y de las serpientes que allí comen»⁵⁶, inspirada en un fragmento de la *Lettera di Amerigo Vespucci* de 1504, que dice así:

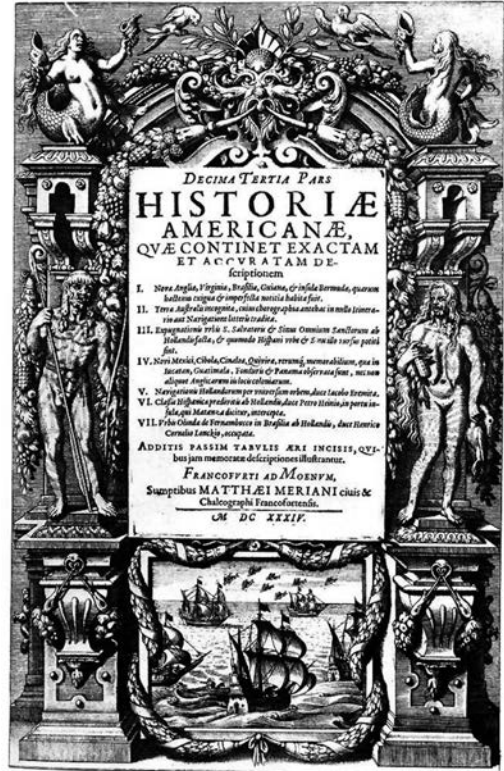
«Saltamos a tierra y nos fuimos por un camino que conduce al bosque, y a un tiro de ballesta encontramos sus cabañas, en donde había hecho grandes hogueras, y dos de ellos estaban cocinando sus viandas y asando muchos animales y varias clases de peces; donde vimos que asaban un cierto animal que parecía una serpiente, salvo que no tenía alas, y de aspecto tan feo que nos maravillamos muchos de su deformidad. Caminamos así por sus casas o mejor cabañas, y encontramos muchas de estas serpientes vivas que estaban amarradas por los pies y tenían una cuerda alrededor del hocico, que no podían abrir la boca, como se hace a los perros alanos para que no muerdan, tenían tan fiero aspecto que ninguno de nosotros se atrevía a tocarlas, pensando que eran venenosas; son del tamaño de un cabrito y de braza y media de longitud; tienen los pies largos y gruesos y armados de fuertes uñas; tienen la piel dura y son de diversos colores; el hocico y la cara la tienen de serpiente y de la nariz les sale una cresta como una sierra, que les pasa por el medio del lomo hasta la punta de la cola; en conclusión juzgamos que eran serpientes venenosas, y se las comen»⁵⁷.

Las «serpientes vivas» y «venenosas» a las que alude Vespucio y exagera sobremanera, posiblemente se traten de iguanas, ya que encajan a la perfección con la descripción que nos facilita. Este tipo de reptiles formaban parte de la dieta alimenticia de las sociedades indígenas de las zonas tropicales de América Central y Sudamérica. Por esta razón, en un segundo plano de la composición sobre las parrillas junto al pescado están ahumando este tipo de reptiles, para su almacenamiento y consumo más tardío. El aspecto extraño y antiquísimo de estos reptiles levantó la imaginación de los cronistas y descubridores que los hallaron, de ahí que el navegante florentino señale sorprendido que «nos maravillamos muchos de su deformidad». A pesar de que este tipo de lagartos carecen de cualquier tipo de alas, Johann Theodor de Bry los representa con aspecto semejante al dragón medieval de pequeñas alas y cola larga, que ejerció una poderosa influencia en el imaginario de los grabadores europeos. Ya en el siglo XII, en el mencionado reino del Preste Juan, junto al Septentrión, se situaba la fabulosa Caverna de los Dragones donde había «infinitos millares de terribles dragones que los habitantes de las provincias circundantes custodian con suma diligencia para que ningún encantador (domador) de la India o de cualquier otro lugar pueda robarles ningún dragón»⁵⁸. Los habitantes de estas tierras entregaban anualmente como tributo a Preste Juan, entre otras cosas, cien dragones domados, «los cuales se comportan antes los dichos hombres como ovejas y juegan con ellos de un modo admirable»⁵⁹.

La serpiente marina fue otro de los monstruos temidos por los navegantes. Su mito fue difundido por el arzobispo sueco Olaus Magnus, autor de la *Historia de Gentibus Septentrionalis*, una his-

toria de los pueblos nórdicos publicada en 1555, donde describe este «gusano marino» cuyos congéneres moraban, al parecer, a lo largo de todo la costa noruega. Con ello proporcionó a generaciones enteras de navegantes una descripción típica de un monstruo marino específico: la gran serpiente marina⁶⁰, la cual es representada en la Lámina VII de la *Americae Pars VIII*⁶¹, titulada: «Vimos a ambos lados del Río el más fermoso de los paisaje». La imagen manifiesta uno de los pasajes de Raleigh y sus hombres en busca de El Dorado. La riqueza arbórea y faunística del paisaje es edénica. Una de las serpientes marinas en el río atrapa a un «mancebo» desnudo que salta de la pequeña embarcación para alcanzar la desembocadura del río. Posiblemente sean caimanes o yacarés, porque el navegante inglés se refiere a ellos como «lagartos», en cambio el Taller de Bry los asemeja a las serpientes marinas que tanto impacto tuvieron dentro de la imaginación de la población europea.

Otras «razas plinianas» -por ser Plinio el Viejo el responsable de transmitir a la Edad Media y el Renacimiento el extenso catálogo de poblaciones fabulosas- que se trasladaron hasta el continente americano⁶² y que no han gozado la suerte de ser ilustradas por el Taller de Bry, pero he creído conveniente analizarlas, porque formaron parte de otros manuscritos ilustrados⁶³, son los *cíclopes* que no tenían más que un sólo ojo y que Cristóbal Colón, el 23 viernes de noviembre de 1492, llegó a identificarlos y asociarlos con los caníbales⁶⁴; los *sátiros* de los que habla Plinio, y a los que el Almirante asimilo a los habitantes de la isla de Avan, tal y como se aprecia en la Carta a Luis Santángel (1493). No obstante, de todas las razas monstruosas, quizás la más sorprendente, tanto por su carácter estrafalario como por su persistencia en el tiempo, fueron los *cinocéfalos* o *canefalle*⁶⁵, que desde la Grecia antigua eran considerados como los intermediarios míticos entre la palabra humana y el verso animal⁶⁶. Producto de ese imaginario fue el Almirante que afirmó haberlos visto durante su primer viaje, el domingo 4 de noviembre de 1492, en la isla de *Bohío*, así llamada la isla de Santo Domingo por los indígenas, donde «había hombres de un ojo y otros con hocicos de perros que comían los hombres y que en tomando uno lo degollaban y le bebían su sangre y le cortaban su natura»⁶⁷. Marco Polo y Jehan Mandeville los situaron en las islas asiáticas de Andamán y Nacareman (islas de Nicobar). A diferencia de otras sociedades organizadas, estas criaturas carecían de rey y se comportaban como animales salvajes, además de ser idólatras. «To-



6. Johann Theodor de Bry. Lámina IV de la *Americae Decima Tertia Pars*. Oppenheim, 1618.



7. Johann Theodor de Bry. Lámina IV de la *Americae Pars Decima*.
Oppenheim, 1618.



8. Johann Theodor y Johann Israel. Lámina VII de la *Americae Pars VIII*.
Francfort del Meno, 1599.

dos los que viven allí tienen una cabeza como la de un perro, con dientes y nariz como los de los grandes mastines. Disponen de muchas especias. Son gente malvada: devoran a todos los hombres que consiguen capturar, excepto a los nativos del lugar. Se alimentan de leche, arroz y carne de cualquier clase»⁶⁸. Para luchar, llevaban colgado en el cuello una adarga que les protegía todo el cuerpo, y en la mano, una lanza⁶⁹.

La monstruosidad de los *panocios* fue muy conocida por los contemporáneos, producida por la hipertrofia de algún órgano y el desarrollo desmesurado de sus orejas⁷⁰. En menor medida se han ubicado en América los hombres con cola del Reino de Lambri en Oriente, que «viven en las montañas lejos de la ciudad» y «sus colas son como las de un perro»⁷¹; los *cynodondes* «que presentan doble fila de dientes»⁷²; los *esteresios* que le «falta[n] por completo algún miembro, como los que nacen sin mano o sin cabeza»⁷³; los *artabatitas*, que viven en Etiopía y «caminan como los animales, inclinados hacia el suelo; ninguno supera los cuarenta años»⁷⁴; los *faunos*, que son «hombres que viven en los bosques, y que algunos llaman faunos higueros»⁷⁵; los *esciopodas*, que viven en Etiopía y están «dotados de extraordinarias piernas y de velocidad extrema [...]. Durante el verano, tumbados de espaldas sobre la tierra, se dan sombra con la enorme magnitud de sus pies»⁷⁶; los *antípodas*, que habitan en Libia y «tienen las plantas de los pies vueltas tras los talones y en ellas ocho dedos»⁷⁷, etc.

Todas estas razas monstruosas y otras muchas formaron parte del imaginario gráfico de América. Para San Isidoro de Sevilla (c. 560-636) todos estos monstruos no acontecía contra la naturaleza, porque «suceden por voluntad divina, y voluntad del Creador es la naturaleza de todo lo creado. De ahí que incluso los gentiles denominen a Dios unas veces Naturaleza, otras simplemente Dios. En consecuencia, el portento no se realiza en contra de la naturaleza, sino en contra de la naturaleza conocida»⁷⁸. San Agustín de Hipona (354-430) llegó incluso más lejos en su obra *La Ciudad de Dios* [413-426], al reconocer el carácter humano y racional de las razas monstruosas, afirmando: «Se dice que hay hombres muy distintos de nosotros –como los cíclopes, los pigmeos, los esciópodos–. No es necesario creer que existan, pero todo el que nazca como nacen los hombres –animal racional mortal– tiene el mismo origen que los hombres a pesar de su rareza. Si hemos visto cosas extrañas, entonces no resulta absurdo que haya pueblos de hombres monstruosos creados por Dios a partir del mismo origen»⁷⁹

NOTAS

1. ALEGRÍA, Ricardo E. *Las primeras representaciones gráficas del indio americano, 1493-1523*. Puerto Rico: Centro de Estudios Avanzados de Puerto Rico y el Caribe. Instituto de Cultura Puertorriqueña, 1978, pp. 15-16.

2. En latín el *Tesaurus* era conocido como *Collectiones peregrinatorum in Indiam Orientalem et Indiam Occidentalem*.

3. CATE, Chester M. «De Bry and the Index Expurgatorius». *The Papers of the Bibliophical Society of America* (EE.UU), 11 (1917), pp. 136-140.

4. ELLIOT, John H. «De Bry y la imagen europea de América». En: DE BRY, Teodoro. *América (1590-1634)* (Edición de SIEVERNICH, Gereon). Madrid: Ediciones Siruela, 2003, pp. 7-11.
5. SEBASTIÁN LÓPEZ, Santiago. *Iconografía del indio americano: Siglos XVI-XVII*. Madrid: Tuero, 1992, pp. 11-12.
6. *Ibidem*, p. 51.
7. DE BRY, Theodor. *América Pars Quarta sive Insignis & Admiranda Historia de reperta primùm Occidentali...* Francfort del Meno, 1594, lámina 4 [Biblioteca Histórica de Santa Cruz, Valladolid. U/Bc 01507(1)].
8. HUMBERT, Juan. *Mitología griega y romana*. Barcelona: Editorial Gustavo Gili, 2000, p. 31.
9. PARÉ, Ambroise. *Monstruos y prodigios* (Introducción de MALAXECHEVERRÍA, Ignacio). Madrid: Ediciones Siruela, 1987, p. 97.
10. PARE, Ambroise. *Monstruos...*, p. 92; No se deben confundir los tritones con Tritón, hijo de Neptuno, que manda sobre éstos. HUMBER, Juan. *Mitología griega...*, p. 31.
11. Plinio señala que una embajada enviada a Olisipón (Lisboa) informó al emperador Tiberio de haber visto y oído en una cueva un tritón, que «hacia sonar una caracola». PLINIO. *Historia Natural*. Madrid: Cátedra, 2007, libr. 9, cap. 5, p. 170.
12. DE BRY, Theodor. *América Pars Quarta...* lámina 15.
13. PIGAFETTA, Antonio. *Primer viaje alrededor del mundo* (Introducción y edición CABRERO FERNÁNDEZ, Leoncio). Madrid: Dastín, 2002, p. 63.
14. ANGLERÍA, Pedro Mártir de. *Décadas del Nuevo Mundo*. Madrid: Ediciones Polifemo, 1989, déc. 1, cap. 3, p. 37.
15. La identificación del *roc* ha sido gracias a la ayuda e indagación de mi querido amigo Diego Díaz Piedra.
16. KEAZOR, Henry. «Imágenes Theodore de Bry para América». *Print Quarterly* (Londres), 15: 2 (1998), p. 134.
17. PIGAFETTA, Antonio. *Primer viaje...*, pp. 70-71.
18. MANDEVILLE, Jehan de. *Libros de maravillas* (Edición de LEMARCHAND, Marie-José). Madrid: Ediciones Siruela, 2002, cap. 24, p. 208.
19. DE BRY, Johann Theodor; DE BRY, Johann Israel. *América Pars VIII. Continens primo, descriptionem trium itinerum...* Francfort del Meno, 1599, Mapa. (Biblioteca Nacional [en adelante BH], España, Madrid, N. R/30554).
20. SEBASTIÁN LÓPEZ, Santiago. *Iconografía del indio...*, pp. 77-78.
21. COLÓN, Cristóbal. *Los cuatro viajes del Almirante y su testamento* (Prólogo de FERNÁNDEZ ÁLVAREZ, Manuel). Madrid: Espasa, 2006, pp. 147-148.
22. MANDEVILLE, Jehan. *Libros de maravillas*, cap. 19, pp. 181-182.
23. *Ibidem*.
24. *La carta del preste Juan* (MARTÍN LALANDA, Javier) [Edición latina]. Madrid: Ediciones Siruela, 2003, p. 99.
25. FERNÁNDEZ DE OVIEDO, Gonzalo. *Historia General y Natural de las Indias*, Madrid: Ediciones Atlas, 1959, t. 3, libr. 25, cap. 14, p. 42.
26. CARVAJAL, Fray Gaspar de. *Relación que escribió Fr. Gaspar de Carvajal, fraile de la orden de Santo Domingo de Guzmán...* Madrid: Consejo de la Hispanidad, 1944, p. 37.
27. *Ibidem*, pp. 40-41.
28. *Ibid.*
29. RALEIGH, Walter. «The Discovery» (Traducido por MOORE, Betty y notas críticas de RAMOS, Demetrio). En: RAMOS, Demetrio. *El mito del Dorado. Su génesis y proceso*. Madrid: Biblioteca de la Academia Nacional de la Historia, 1973, pp. 497-647.
30. SCHMIEDEL, Ulrico. *Relatos de la conquista del Río de la Plata y Paraguay: 1534-1554*. Madrid: Alianza Editorial, 1986, cap. 36, p. 68.
31. *Ibidem*, cap. 37, p. 69.
32. ACUÑA, Cristóbal de. *Nuevo descubrimiento del Gran río de las Amazonas* (Estudio, edición y notas de ARELLANO, Ignacio; Díez Borque, José M. y Santonja, Gonzalo). Madrid: Universidad de Navarra/ Editorial Iberoamericana, 2009, n°. LXXI, p. 175.

33. *Ibidem*, p. 176.
34. GIL, Juan. *Mitos y utopías del Descubrimiento: III. El Dorado*. Madrid: Alianza Editorial, p. 274.
35. ULLOA, Antonio de. *Viaje a la América Meridional* (Edición de Andrés Saumell Lladó). Madrid: Dastín, 2002, t. 1, libr. 6, cap. 5, p. 438.
36. DE BRY, Johann Theodor. *Americae Pars Decima: qua continentur I. Chae navigationis D. Americi Vespucii...* Oppenheim, 1619, lámina 6 [BH, R/38228(1)].
37. VESPUCIO, Américo. *El Nuevo Mundo. Viajes y documentos completos*. Madrid: Akal, 1985, p. 22.
38. Los cuatro auquénidos característicos de la fauna sudamericana son: la llama, alpaca, vicuña y guanaco. El animal corriente de estas regiones era el guanaco; no relincha tal y como indica el autor, es decir, no emite gruñidos.
39. Se refiere a púas duras, es decir, de pedernal, pero no son de yesca.
40. PIGAFETTA, Antonio. *Primer viaje...*, pp. 59-60.
41. DE BRY, Johann Theodor; DE BRY, Johann Israel. *Americae Nona & Postrema Pars. Qua de ratione elementorum: de Novi Orbis Natura...* Francfort del Meno, 1602, mapa [BN, R/29442].
42. SIMÓN, Fray Pedro. *Tercera Noticia Historial de la Conquista de Tierra Firme en las Indias Occidentales*. Publicaciones Españolas, Madrid, 1961, cap. 8, p. 35.
43. SEBASTIÁN LÓPEZ, Santiago. *Iconografía del indio...*, p. 74-75.
44. MENDIETA, Fray Jerónimo de. *Historia eclesiástica indiana* (Estudio preliminar y edición de SOLANO Y PÉREZ-LILA, Francisco). Madrid: Ediciones Atlas, 1973, t. 1, libr. 2, cap. 13, p. 59.
45. *Ibidem*.
46. SAN ISIDORO DE SEVILLA. *Etimologías* (Introducción de DÍAZ Y DÍAZ, Manuel C.) . Madrid: Biblioteca de Autores Cristianos, 2004, libr. 11, nº. 3, p. 881.
47. SEBASTIÁN LÓPEZ, Santiago. *Iconografía del indio...*, pp. 75-76.
48. FEDERMAN, Nicolás. *Viaje a las Indias del Mar Océano* (Estudio preliminar de AZNAR, Luis). Bueno Aires: Editorial Nova, 1945, cap. 5, pp. 66-67.
49. MERIAN, Matheus. *Decima Tertia Pars Historiae Americanae: quae continent exactam et accuratam descriptionem...* Francfort del Meno, 1634, frontispicio [BH, ER/ 2728].
50. VESPUCIO, Américo. *El Nuevo Mundo...*, p. 61.
51. LA CONDAMINE, Charles Marie de. *Relación abreviada de un viaje hecho por el interior de la América Meridional...* Calpe, Madrid, 1921, p. 58.
52. *Ibidem*, p. 59.
53. SAN ISIDORO DE SEVILLA. *Etimologías*, libr. 11, nº. 3, p. 885.
54. *Bestiario medieval* (MALAXECHEVERRÍA, Ignacio). Madrid: Ediciones Siruela, 1999, p. 187.
55. *Ibidem*, p. 113.
56. DE BRY, Johann Theodor. *Americae Pars Decima...*, lámina 4.
57. VESPUCIO, Américo: *El Nuevo Mundo...*, pp. 85-86.
58. *La carta del Preste...*, p. 94.
59. *Ibidem*.
60. FRENZ, Lothar. *El libro de los animales misteriosos* (prólogo de GOODALL, Jane), Madrid Ediciones Siruela, Madrid, 2003, p. 131.
61. DE BRY, Johann Theodor; DE BRY, Johann Israel. *América Pars VIII...*, lámina 7.
62. HONOUR, Hugh. «Wissenschaft und Exotismus. Die europäischen Künstler und die aufereuropäische Welt». En: KOHL, Karl-Heinz. *Mythen der Neuen Welt: Zur Entdeckungsgeschichte Lateinamerikas*. Berlín: Frölich & Kaufmann, 1982, pp. 23-25.
63. BLOCK FRIEDMAN, John. *The Monstrous Races in Medieval Art and Thought*. Cambridge/ Massachusetts/ London: Harvard University Press, 1981, pp. 131-162.
64. COLÓN, Cristóbal. *Los cuatro viajes...*, p. 74.
65. SAN ISIDORO DE SEVILLA. *Etimologías*, libr. 11, nº. 3, p. 883.
66. VIGNOLO, Paolo. «Una nación de monstruos. Occidente, los cinéfalos y las paradojas del lenguaje». *Revista de Estudios Sociales* (Bogotá), nº 27 (Agosto, 2007), pp. 140-149.

67. COLÓN, Cristóbal. *Los cuatro viajes...*, p. 61.
68. POLO, Marco: *Libro de las maravillas del mundo*. Madrid: Cátedra, 2008, cap. 169, p. 288.
69. MANDEVILLE, Jehan. *Libros de maravillas*, cap. 23, pp. 181-182.
70. «Cuentan que en la Escitia viven los *panotios* (*panocios*), con orejas tan grandes que les cubren todo el cuerpo». SAN ISIDORO DE SEVILLA. *Etimologías*, libr. 11, nº. 3, p. 883. «En otra isla una raza de hombres cuyas enormes orejas les cuelgan hasta las rodillas». MANDEVILLE, Jehan. *Libros de maravillas*, cap. 24, p. 209.
71. El reino de Lambri se ha ubicado en una zona del noroeste de Sumatra. POLO, Marco: *Libro de las maravillas...*, cap. 165, p. 286.
72. SAN ISIDORO. *Etimologías*, libr.11, nº. 3, p. 881.
73. *Ibidem*, p. 881.
74. *Ibid*, p. 883.
75. *Ibid*.
76. *Ibid*.
77. *Ibid*.
78. *Ibid*.
79. SAN AGUSTÍN. *La Ciudad de Dios* (Edición abreviada, estudio preliminar, selección de textos, notas y síntesis de ANTUÑANO ALEA, Salvador). Madrid: Tecnos, 2007, libr. 16, cap. 8, p. 586.